

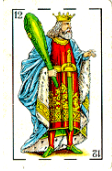


Él no se llama Harun. Así se llamaba su padre, Harun-al-Rasid. Su verdadero nombre es Mamun. Nació bereber. Su gente nómada, exhausta de inquinas, dejaciones y abandonos, decidió, siendo él adolescente, establecer un lazo, un gesto, un contacto con el norte. Así se encontró Mamun, elegido por su tribu, despojado de arenas, extenuado de asfaltos, libre de sangres y familias, esclavo del color de su piel, universitario en Rabat.

En la capital estudió árabe, francés, inglés, español y alemán. Supo así que las palabras, a veces, se rebelan contra su misión y se convierten en fuentes de confusión aciaga.

Dos veces estuvo a punto de volver. No por reconocer a padres ni hermanos. Simplemente para cru-





.....

zar andando, él solo, el desierto, el de sus ancestros. Para demostrarse que lo único necesario es una calabaza de agua y unos dátiles; que las palabras no importan. Quizá para identificar el silencio con la sabiduría, la arena con el cielo. Pretender el todo desde la nada.

Ni lo intentó.

En Rabat llegó a sentirse extraño del desierto y también del gentío de la ciudad; ansió otras gentes, otros nortes.

Muchas veces ambicionó saltar a Europa. Sabiéndola inhóspita a razas meridionales, él se sentía capaz y potente.

Intentó becas e intercambios. Fracasado, imaginó pateras y barcos de pescadores anónimos.





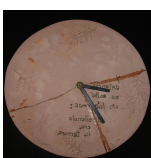
El rey de bastos

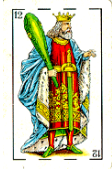
Seguía en Rabat, no ajeno a su desasosiego, persiguiendo la escapada, anhelando el brillo de occidente, sin saber por qué.

Supuso como único escape el contacto con los extranjeros. Alternó con turistas impertinentes, con excéntricos viajeros, con *hippies* aburridos. Ninguno se concretaba puente hacia su salvación ilusoria.

2

Ha llegado tarde a la muerte de su padre. Murió hace dos días. O tres. La madre no lo ha reconocido, extraviada en la pena negra y espesa de la pérdida. Su hermano Mohamed ha escupido al suelo sin mirarle cuando se ha cruzado con él. Las dos hermanas pequeñas no se acuerdan de él. Sólo No-





.....

rah, su hermana querida, lo ha cogido del brazo y se lo ha llevado a un rincón:

- Vete, Ma-mum. Aquí nadie te necesita. Tú no nos necesitas.

3

El autobús de vuelta a Rabat saldrá mañana desde Tagounite. Sin deshacer la bolsa de viaje, camina de regreso a la plaza de Tagounite, a diez kilómetros. Sin prisa. Deja atrás su pueblo. Sabe que no volverá a El-Blida.

Esperará sentado en el suelo de la plaza, apoyada la espalda en la puerta de la barbería de Hassan, su amigo del colegio.

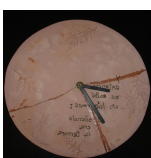


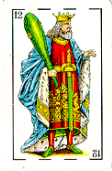


~iT agounite, Rabat! ¡Tagounite, Rabat!

Se despierta Ma-mun cuando aún es de noche. El conductor del autobús sigue gritando mientras coloca en la baca el equipaje de los viajeros. Le cuesta tres intentos encender el motor. Cuatro hombres suben al autobús. Eligen asientos distanciados, apoyan la cabeza en la ventanilla y cierran los ojos. Ma-mun se sienta al final. Ya es de día. Sabe que si gira la cabeza, a la derecha, aún podrá ver un recorte de su pueblo en el horizonte. Pero cierra los ojos. Como los otros hombres.

Ma-mum se despierta antes de llegar a Zagora. El calor le hace sudar. Le escuecen los ojos. El autobús ahora está medio lleno. Algunas mu-





.....

jes con niños pequeños, un anciano. Una pareja de turistas. Ella parece sufrir con el calor. Se abanica con calma sin perder la sonrisa. Su acompañante está sofocado, rojo como un cangrejo. Un pañuelo le cubre la cabeza calva y le da un aspecto ridículo.

- Deberíamos haber comprado más agua - le dice la mujer al hombre. Habla en alemán.

Ma-mun no tiene sed. Sólo un gusto amargo en la boca.

6

En Zagora tienen que cambiar de autobús. El que va a Rabat saldrá dentro de una hora. Ma-mun piensa que podría quedarse un día y visitar las dunas. Los alemanes andan desorientados porque no han entendido que deben cambiar de au-



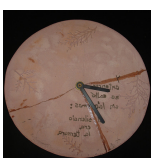


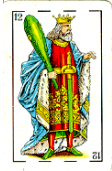
El rey de bastos

tobús. Ma-mun se acerca a la mujer y se lo explica. La mujer amplía la sonrisa y se presenta. Se presenta ella y le presenta a su marido. Esther y Marcus, se llaman. El hombre intenta, ridículo, el saludo árabe, llevándose la mano derecha al corazón. Ma-mun no sabe qué hacer.

La gente se agolpa en la parte trasera del autobús, en la escalerilla que sube hasta el techo del vehículo. Faltan dos días para la fiesta del cordero. Muchos llevan corderos vivos que pasan como pueden al conductor para que los aten a la baca del autobús. Los animales no balan. El metal ardiente del techo del autobús les anuncia el principio del fin.

Ma-mun se ha fijado en una chica europea. Va con dos jóvenes. Uno de ellos espera en la cola para colocar su mochila en la baca del autobús. El conductor negocia desde la altura el precio del bulto. El jo-





.....

ven intenta regatear y el conductor tira la mochila al suelo sin que nadie se sorprenda por lo sucedido. El joven blasfema en español mientras baja por las escalerillas para recuperar su mochila. Ma-mun coge la mochila del suelo, le grita algo al conductor que el joven no entiende. Le lanza la mochila por los aires y el conductor la caza al vuelo. Ma-mun le dice *uaja*, y esto sí lo entiende el joven español y su amigo y la chica que va con ellos.

Ya han pasado más de dos horas desde que Ma-mun y los alemanes cambiaron de autobús. Todos los asientos están ocupados. El calor ahoga. Hay ruido como de tormenta, pero no se ve ni una nube. Son los corderos, removiéndose en la baca del vehículo.

Arranca el autobús. Aparece un tipo con una boina amarilla. Habla con el conductor en francés. Parece francés. Pero el conductor no lo entiende. Niega





El rey de bastos

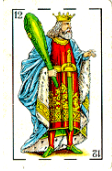
con la cabeza, pero cuando el francés saca un par de billetes, el conductor sonríe y le deja subir. El francés se echa largo en el pasillo, al final del autobús. La cabeza apoyada en la mochila. Ma-mun tiene que encoger las piernas.

Z

Quedan más de seis horas hasta Ouarzazate. La chica española se ha quedado dormida dos filas de asientos delante de Ma-mun. Ma-mun se hipnotiza con el cuello de la muchacha y cree saber cómo huele.

El autobús se ha averiado. Ha parado en Ourika. Uno de los jóvenes españoles pregunta al conductor cuándo van a reanudar la marcha y el conductor contesta *maintenant, maintenant*. Los alemanes se





.....

sientan a la sombra y el resto de los pasajeros permanece en sus asientos.

Pasan más de dos horas.

Ma-mun le pregunta al chófer. Se ha roto la correa de la transmisión y hasta mañana no llegará el repuesto. Los árabes del autobús ya lo saben y se han acomodado en sus asientos para pasar la noche. La mujer alemana le pregunta a Ma-mun. También los españoles. Ma-mun pregunta a un crío del pueblo por un sitio donde dormir. El chico los acompaña a una casa muy cerca de donde el autobús se ha quedado aparcado. La mujer de la casa les enseña las habitaciones. Ma-mun pregunta si pueden comer algo y la mujer les ofrece una *harira*.

La chica española se llama Mónica. Ella le pregunta a Ma-mun su nombre. Ma-mun no duda.

- Me llamo Harun. Harun-al-Rasid.





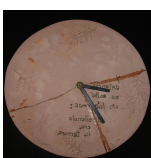
El rey de bastos

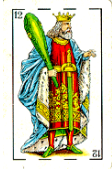
Se cambia el nombre buscando cambiarse la vida.
Cree que este viaje de vuelta le va a cambiar la vida.

Después de la cena aún es de día.

Los dos jóvenes españoles tienen acento andaluz. Son de Córdoba. El francés se lía un cigarrillo. Los alemanes no hablan español. Ni francés. Sonríen agradecidos a Harun cuando éste les traduce algo o les pregunta cualquier cosa.

La noche es cálida. Nadie tiene ganas de dormir. Los temas de conversación se agotan. El cabello negro y rizado de Mónica ondea leve con la brisa. Harun trata de impresionarla. Propone un juego de adivinación: cada uno escribe un número, altera el orden de sus cifras, resta el inicial con el desordenado. Del resultado final se oculta una cifra, se revelan las otras. Harun debe anunciar la cifra encubierta. Cifra a cifra,





.....

acierta, pausadamente, con seguridad descarada. Llega a Mónica; se demora en sus ojos acuáticos.

- Nueve, uno y cinco –dice ella.

- Tres – contesta él, sosteniéndole la mirada.

Ella despega ligeramente los labios y sonríe.

Sigue con los demás. No falla ninguno. Hay sorpresa general: el moro Harun se ha convertido en el centro de la tertulia. Todos preguntan cómo, por qué. Mónica tan sólo le observa desde su silencio seductor. ¿Puede repetirlo? Sí, claro. Éxito total, de nuevo. Todos exigen la explicación del truco. Todos salvo Mónica: sigue callada, fascinada, fascinante. Harun deshace la intriga, les regala la trama. Una vez extinto el misterio, todos prescinden de él. También Mónica. Se van a dormir.





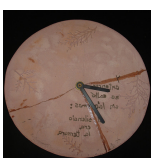
Desolado, Harun sale a la calle buscando el cielo protector. No puede olvidarse de su familia y evoca el consejo que Pármene ofrece a Calisto: "A quien dices el secreto, das tu libertad".

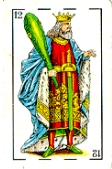
Vuelve de la noche. Mónica le obsesiona hasta el insomnio.

8

Es la tarde roja cuando llegan a Ouarzazate. Es feria. Harun se queda cerca del autobús, como el resto de árabes. Los españoles vuelven con unas rosquillas sujetas en una rama verde. Los alemanes deciden quedarse allí, en Ouarzazate.

Queda la noche hasta Marrakech. Los dos jóvenes andaluces enferman en el viaje. El aceite de las rosquillas les ha descompuesto el estómago. Se quedan en un hospital de Marrakech.





.....

Harun se siente entonces protector de Mónica.
Aún queda mucho tramo hasta Rabat.

2

Los últimos asientos del autobús están vacíos.
Mónica regresa mañana a su país. Habla, educada y distante, triste, distraída, con un mazo de cartas en la mano. El resto de naipes forma columnas ordenadas en un asiento.

- ¿Es un juego? -, Harun intenta la conversación.

- Sí. Un solitario. - No hay en el tono de su voz ningún resquicio de la emoción de sus ojos de cuando Harun adivinó su cifra, la noche pasada.

Ella le explica las reglas del pasatiempo. Él conoce otros solitarios, con piedras, el solitario chino,





El rey de bastos

elegantemente provocador. Éste le parece una idiotez infantil, un auténtico *pierdetiempo*.

- Pero - observa -, una vez barajadas las cartas, la labor del jugador se limita a restablecer el orden si es posible, sin pericia ni estrategia. El juego acaba antes de empezar.

- ¿Tú crees? - Él ya ha sospechado alguna vez que la belleza y la estupidez son compatibles. La evidencia de este lema y su aplicación inmediata provocan su actuación consiguiente.

- ¿Te gustó el juego de ayer? - pretende reavivar la efímera emoción de su gesto aquella noche.

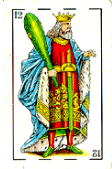
- Al principio sí; luego, no.

- ¿Pues?

- Nunca me interesaron las matemáticas.

Mónica está sentada en cuclillas.





.....

Decidido por sus ojos evidentes, Harun deriva la conversación hacia karmas, reencarnaciones, auras y otras sandeces por el estilo. Mónica se declara experta en todos estos temas. Le parece banal el hecho de que a un número se le reste el mismo desordenado y siempre aparezca un múltiplo de nueve. Se excita, sin embargo, imaginando almas errantes gemelas a su padre o a sí misma, güijas inquietantes o los laberintos de las líneas de una mano.

Harun extiende, boca abajo, todas las cartas de la baraja con la que Mónica gasta su tiempo, la noche, la luna.

- Esto no son matemáticas - dice solemne Harun. Mi mente ahora sólo es una carta: mi cerebro, mis dedos, mi hígado, mis pulmones, mi corazón laten pensándola, sintiéndola. Pon tu mano sobre la mía. Mírame.





El rey de bastos

Estoy pensando en el rey de bastos. Busca la carta.
No la toques. Señálala.

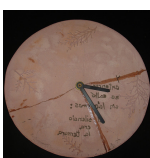
Los ojos de Mónica se concentran en el desorden de las cartas. Elige una. Harun la coge con dos dedos. Es el rey de bastos. No exterioriza su sorpresa. Mientras le da la vuelta para mostrársela, capta la trascendencia del momento: "Lo hemos hecho muy bien, Mónica".

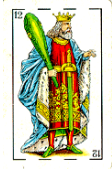
Embelesada, Mónica se le ofrece, mezcla de sorpresa y placer, sumisa, confundida.

Harun no desaprovecha el trance.

- Podemos intentarlo con más cartas - propone.
Él ya sabe la respuesta. Extiende de nuevo todos los naipes.

- Pon tu mente en blanco. Piensa sólo en el cuatro de bastos. Señálala.





.....

Mónica suda. No lleva sujetador.

- Separa una de entre todas.

Harun la coge sin mostrarla. Es la sota de oros.

- Muy bien, Mónica: el cuatro de bastos. Ahora vas a buscar la sota de oros.

- Perfecto, Mónica, la sota de oros - es el dos de copas - No pienses ahora en otra cosa que no sea el dos de copas. Márcalo.

- Has acertado otra vez. Sabía que podíamos hacerlo.

Es el tres de espadas.

- Te noto cansada. Vamos a acabarlo juntos. Te ayudaré. Yo sacaré... el tres de espadas.

Y coge el cuatro de bastos; él sabe dónde está.

- Nunca había llegado con nadie hasta cuatro.

Mira.





El rey de bastos

Y las va desvelando, como en una liturgia, poco a poco: el cuatro de bastos, la sota de oros, el dos de copas, el tres de espadas.

Aquella noche fornican en Rabat. Tiernas bestias, sudando sin sosiego, relegando adioses, aplazando despedidas, enlazando orgasmos.

A la mañana siguiente vuelan juntos hacia Madrid.

